

PRESENTACIÓN



LOS SIETE primeros artículos de este número de ATENEA tienen un referente común: la poesía chilena de la segunda mitad del siglo XX. Convocamos para su estudio a críticos, poetas y críticos-poetas que nos van a hablar de Parra y Rojas, dos poetas mayores; de Omar Lara, importante figura de la llamada “generación diezmada”, del tema del exilio y de su propia poesía, como hace Miguel Arteche.

La aproximación sentimental a la antipoesía que propone María Nieves Alonso está marcada por una aparente levedad que guarda entre sus pliegues consideraciones sustantivas y novedosas sobre el lugar que ha terminado por ocupar la antipoesía. Ideas claves del artículo son el carácter festivo y trágico al mismo tiempo de la escritura parriana, la pertenencia de la maestría idiomática de Parra a la médula de nuestra lengua, la posición “afortunada” del autor en relación a su época, sólo comparable a la de Shakespeare con la suya y la afirmación fundamental, que la vergüenza y el aburrimiento están en el origen mismo de la antipoesía.

Leonidas Morales, después de situar la antipoesía como uno de los tres órdenes mayores (los otros dos serían el de Vicente Huidobro y el de Juan Luis Martínez) de la poesía chilena moderna en su fase contemporánea, desarrolla un enfoque de lectura nuevo sobre el antipoeta a partir del concepto de “flâneur”.

Demuestra Morales que el yo parriano, que asume siempre el rol de un personaje de empecinada vocación antiheroica, es impensable fuera del escenario de la vida cotidiana de una ciudad moderna. Ello determina su identidad de flâneur que de ningún modo es una copia del tipo europeo, ya que está marcado, como muy bien advierte el crítico, por la diferencia de la modernidad urbana chilena, sin “bulevares” ni pasajes techados, con el modelo parisino.

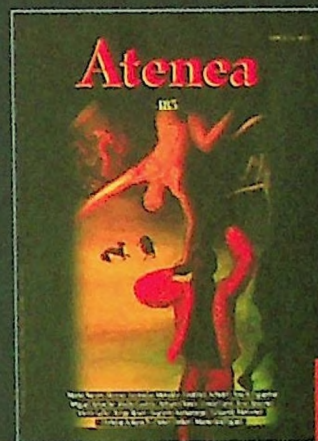
Federico Schopf plantea, a continuación, una disyuntiva interesantísima que se produce en la recepción de la obra de Parra: su instalación entre la disidencia o marginalidad inicial y su institucionalización creciente como nuevo canon. A partir de esta ambigua situación, Schopf despeja el camino de algu-

nas dudas sobre el desarrollo de la antipoesía. Sostiene, en primer término, que la antipoesía no es un vanguardismo más, aunque tenga en común la voluntad de ruptura con los modelos de poesía anterior, ya que el rupturismo no es absoluto en cuanto hace un reciclado de materiales que sirven a su aparato expresivo. En segundo lugar, y ésta es una afirmación importante, la antipoesía carece de un programa explícito que anuncie su proyecto de trabajo en el ámbito artístico y social. Por último, Schopf deja provisoriamente abierta la pregunta si la antipoesía puede ser considerada o no un nuevo comienzo en la literatura, ya que complica ese reconocimiento su pesimismo cómico y su tendencia de conseguir una anestesiante comunicación para todos..

Con el trabajo de Ana B. Figueroa saltamos a un espacio totalmente distinto: el de la sacralización y el mito, cambio que advierte en el campo crítico la diferencia entre Rojas y Parra. El texto "Torreón del Renegado" le sirve a Ana Figueroa para analizar un eje fundamental de la poesía de Rojas, lo luminoso. Por contraste, se podría decir que si Parra desacraliza, "Rojas es un experto de la sacralización de las circunstancias cotidianas". Ello se ve con claridad en la aparición de Hilda, la esposa del poeta, que representa la presencia del mito del regreso al edén, el mito de la pareja desterrada que vuelve al lugar de origen.

"Voy a hablar de cosas que me han pasado" constituye una verdadera arte poética de Miguel Arteche. Lo primero que le ha pasado al autor es el asombro, asombro poético que hace ver las cosas y las personas como si fueran algo totalmente nuevo, novedad que la lengua cotidiana nunca podrá describir. El asombro obliga al poeta a construirse un círculo, un "mandala" que lo aísla de lo transitorio y lo hace pasar a lo permanente, se une a lo anterior la "sensación oceánica", que, paradójicamente, es contraria al mandala, porque le permite al poeta sentirse sumergido en una red innumerable, la que es un punto clave de encuentro. Entendemos que esta red es la del lenguaje, la de la escritura poética que ha precedido a Arteche y que continúa después de él.

Pedro Lastra examina un tema dramáticamente amplio: las relaciones entre exilio y poesía, que desde tiempos inmemoriales han dejado su huella en la literatura. Particularmente dolorosa, la experiencia de "lo exiliar", como la llama el poeta Juan Gelman, está presente en la poesía hispana desde el **Poema del Cid** adelante, pero se hace terriblemente aguda en el exilio político, como



ocurre en Latinoamérica en la década de los setenta. Lastra, siguiendo al lingüista Karl Bühler que habla de una "deixis en fantasma", sostiene que el poeta vive y comunica una realidad sentida como fantasmática, como sucede en poemas de León Felipe, Luis Cernuda, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Oscar Hahn, etc.

El trabajo que sigue, el de Arturo Flores sobre Omar Lara, es la contrapartida del anterior: el retorno del poeta exiliado. Flores analiza **Fuego de Mayo**, un texto importante de Lara publicado por la Universidad de Concepción, serie Cuadernos de Atenea, empleando la categoría de "paratexto" propuesta teóricamente por Gerard Genette. Así destaca como significativa la división del libro en dos partes, apartado que nos envía a una noción de "poesía de tránsito", importante para la comprensión de la producción textual de Lara; como significativa lo es la portada del libro con la imagen de un niño sobre un fondo rojo en contraste con el epígrafe de Alfredo Zitarrosa que habla sobre la muerte. Se configura, así, el espacio familiar de la niñez como refugio a la destrucción y la nada.

Parte agregada al artículo de Flores es una fina y hermosa autorreflexión de Lara sobre su poesía.

Hasta aquí el apartado poético desplegado como un mapa en que se cruzan las últimas generaciones poéticas chilenas, la del 38 con Parra y Rojas, la del 50 con Arteche y Lastra y la del 60 con Lara. Pero sobre todo hay cruces inesperados, casi enigmáticos entre las interpretaciones críticas. Así sucede con los artículos acerca de la antipoesía en que la vergüenza y el aburrimiento, propuestos como sentimientos predominantes de la poesía de Parra por Alonso, encuentran su referente exacto en la figura de ese paseante aburrido, el flâneur, analizada por Morales.

Los tres artículos que siguen excursionan en el campo de las ciencias sociales.

José Antonio Viera-Gallo examina el reinado del crecimiento como piedra angular de la idea de progreso a partir de los años 50 del siglo pasado. Obsesión a veces triunfalista, a veces desilusionada por los resultados, exige ya una visión distinta del desarrollo que tome en cuenta que no se trata de incrementar sólo la producción de bienes, sino de cambiar profundamente la calidad de vida. Así, también, la globalización debe considerarse como un desafío netamente político en el que los derechos humanos son parte indispensable.

Jorge Rojas examina temas semejantes, aunque desde una perspectiva distinta. Advierte el analista que nuestras reiteradas frustraciones en la idea de llegar a ser un país desarrollado provienen de la falta de continuidad histórica.

Junto a esta tesis básica desarrolla otra, basada en una afirmación de Aníbal Pinto: somos civilizados para consumir y primitivos para producir.

Desde aquí examina el nuevo Chile del mercado, sus posibilidades de desarrollo, para terminar preguntándose si alcanzará Chile y la región el desarrollo en el Bicentenario.

Augusto Samaniego escribe sobre un tema de gran actualidad: la identidad de la nación mapuche, y asegura que su reconocimiento atenta contra un criterio de las clases dirigentes elevado a principio: Chile, un Estado conformado por una sola nación. Esta visión hegemónica está en el centro del debate que afecta a las comunidades mapuches, cuyas propias acciones decidirán si "lo nuevo" será un factor de articulación y unidad o, al contrario, de disgregación e impotencia.

En la sección Plástica se presentan dos artistas: Julio Escámez y Luis Lobo Parga. La presentación del primero está a cargo del artista penquista Eduardo Meissner, mientras la del segundo la efectúa el profesor de la Universidad de Chile Enrique Solanich.

Finaliza el número con dos reseñas a cargo de Dieter Oelker y Mario Rodríguez.

EL DIRECTOR